

Rosario de Acuña

## 5/10. El Autor

### Poema original:

El eco de la voz de aquel amante  
Se perdió en el espacio; muda y fría,  
Miró hacia el sol María;  
Después hizo una trenza en su cabello;  
Con el pulgar de su rosada mano  
Quitó del rostro bello  
Una lágrima audaz que lo surcaba  
Y que á los rayos de la luz brillaba,  
Como una fresca gota de rocío;  
Se recogió en el talle su pañuelo;  
Miró á la senda que á sus pies se abría  
Y, fijas sus miradas en el suelo,  
Comenzó á caminar con lento paso,  
Dando la espalda al sol, frente al ocaso.  
Él la miró marchar, con ironía.  
Hizo un mohín de duda, y con la mano  
La frente se tocó, como quien dice:—  
«Algo debe faltarle á esa infelice.»  
—Alzó sus hombros; recogió su abrigo;  
Y, tosiendo, después, seco y cortado,  
Se alejó de María  
Por un sendero del opuesto lado.  
De pronto, oyóse un grito penetrante,  
Agudo, como el grito del que mira  
En noche de naufragio y de tormenta  
Apagarse la luz por quien suspira;  
Fernando se paró, quiso volverse,  
Pero antes de cumplir con su deseo  
Dos brazos le impidieron el moverse;  
Unos labios de fuego, temblorosos,  
Por lágrimas de pena humedecidos,  
Dejaron escapar impetuosos  
El rayo abrasador de los sentidos;  
Un beso, el de los sueños amorosos,  
Daba á su amante la infeliz María,  
Y en tanto que él, cual insensible roca,  
Se dejaba besar diciendo—«¡Loca!!...»

—La joven en su anhelo repetía—  
«¡¡Quiero llevarme un beso de tu boca!!»

.....  
¡Oh misterio sin igual! El lazo  
De la atracción ¿do existe, cuando liga  
Desemejantes almas? ¿Do reside  
Esa ley del amor que á tanto obliga,  
Y que manda, y preside,  
La indisoluble unión de dos conciencias?  
¿Cómo se pueden sujetar á un tiempo  
Opuestas existencias?...  
¿Cómo el alma de aquella que vivía  
En los efluvios del amor, ligóse  
Á otra alma informe, vanidosa y fría,  
Que no contó uno más de sus latidos  
Ni ante el fuego voraz de los sentidos?...  
¡Vida, espíritu, muerte, sombras, dudas  
Y abismos, donde el alma se confunde!  
¡Esfinges pavorosas, siempre mudas  
Ante el afán que anima al pensamiento,  
Jamás responden al humano acento,  
Solamente su impávida mirada  
Descubre, igual que al sabio al ignorante,  
Que al fin llega un instante  
En que dice Ya sé que no sé nada.